



ocupado el trono de Hungría por su casamiento con la princesa María. Segismundo se hizo nombrar vicario imperial; pero tuvo que volver á Hungría á causa de la guerra con los turcos otomanos, y entónces fué vencido en la gran batalla de Nicópolis, y Wenceslao recobró su libertad y continuó rey de Bohemia, si bien tuvo que ceder la Moravia á su primo Jodoc. Al fin los cuatro príncipes electores del Rin, á saber, los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, y el conde palatino Roberto, depusieron á Wenceslao y dieron la corona á Roberto.

Roberto no fué reconocido más que por los príncipes electores del Rin, las ciudades libres imperiales y un pequeño número de señores legos; pero los príncipes de las casas de Luxemburgo, Austria y Baviera rehusaron prestarle homenaje, y Wenceslao conservó el título de emperador. Roberto trabajó inútilmente en restablecer su autoridad en Italia, poner fin á las divisiones que á causa de la eleccion de los antipapas desolaban á la Iglesia, y en aumentar sus posesiones de familia uniendo á ellas los ducados de Bravante y de Limburgo; pero estos grandes feudos del imperio fueron reunidos á los vastos Estados de los duques de Borgoña, despues de la extincion de la antigua casa de los condes de Lovaina, y de este modo fueron sustraídos casi por completo á la autoridad imperial. Á la muerte de Roberto, Segismundo y su primo Jodoc se hicieron elegir por los príncipes electores, de manera que llevaron á la vez el título de emperadores tres príncipes de la casa de Luxemburgo. Pero cuando murió Jodoc, Segismundo decidió á su hermano Wenceslao á abdicar, quedando él por único emperador, y trabajando desde entónces con la mayor actividad en restablecer el orden en el imperio. Gracias á su celo se reunió entónces el concilio de Constanza, que dió la paz á la Iglesia y al mundo católico (1414).

Á la muerte de Benedicto XI, que sólo gobernó la Iglesia ocho meses, Felipe el Hermoso, aprovechando la division introducida por los güelfos y gibelinos en el cónclave, hizo elegir á Bertran de Got, arzobispo de Bordeaux, que tomó el nombre de Clemente V. El

nuevo pontífice, adicto por completo al rey de Francia, no quiso marchar á Roma, influyendo mucho en esta determinacion el temor al estado político de Italia, y se coronó en Lyon, en donde primero fijó su residencia, que despues trasladó á Aviñon, ciudad casi completamente independiente, puesto que la autoridad de los emperadores de Alemania en el reino de Arlés era nula. Clemente V revocó todas las medidas adoptadas por Bonifacio VIII contra Felipe el Hermoso, y se adaptó á todas las exigencias de este príncipe, ménos á la de manchar la memoria de Bonifacio, á quien el rey queria hacer declarar culpable de herejía; pero tuvo la debilidad de nombrar ocho nuevos cardenales franceses, formándose de este modo un partido frances en el Sacro Colegio. Cediendo tambien á las instancias del rey de Francia, el papa convocó un concilio en Viena en el Delfinado para instruir ante él el proceso de los templarios, á quienes Felipe el Hermoso habia acusado por motivos puramente políticos. Esta orden, que á consecuencia, sin duda, de sus riquezas se habia relajado en la disciplina, y que contaba entre sus miembros algunos culpables de herejía albigense y maniquea, fué suprimida, y sus bienes fueron entregados á los caballeros hospitalarios; pero á los templarios declarados inocentes les fué permitido entrar en otras órdenes militares. Clemente V murió el mismo año que Felipe el Hermoso.

Á la muerte de Clemente V, la Santa Sede estuvo vacante dos años, á causa de la lucha que estalló en el sagrado colegio entre los partidos italiano y frances, consiguiendo al fin este último elegir al papa Juan XXII, que estableció tambien su residencia en Aviñon, á pesar de que habia prometido volver á Roma.

Nombró siete nuevos cardenales franceses, y se mostró completamente adicto á la córte de Francia, cuya política prevaleció en los consejos de los soberanos pontífices, y cuya influencia fué un grande obstáculo para el restablecimiento de la buena inteligencia entre la Santa Sede y el emperador Luis de Baviera. Benedicto XII introdujo algunas útiles reformas en la córte papal, se mostró dispuesto á reconciliarse con Luis de Baviera, y prometió á una em-



bajada de Roma establecer de nuevo allí su residencia; pero el rey de Francia, Felipe VI, y los cardenales franceses, hicieron fracasar estos proyectos. Clemente VI, que sucedió á Benedicto XII, nombró otros nueve cardenales franceses, renovó la excomunion contra Luis de Baviera, reconoció como emperador á Carlos IV y compró á la reina Juana de Nápoles la ciudad y condado de Aviñon, cuya adquisicion fué confirmada por el emperador Carlos IV. Inocencio VI, pontífice distinguido no ménos por sus virtudes que por su energía, introdujo reformas saludables en la córte papal, y trató de restablecer su autoridad en Roma é Italia, para cuyo objeto envió allí al cardenal Albornoz, y decidió á Carlos IV á que tambien fuese á Roma; pero le sorprendió la muerte ántes de que hubiese podido realizar su designio de trasladar de nuevo la Sede pontificia á Roma.

La ausencia de los soberanos pontífices tuvo para Roma y los Estados Romanos las mismas consecuencias que para la Lombardia la ausencia de los emperadores. La anarquía reinaba por doquiera y en la mayor parte de las ciudades el partido gibelino, sostenido especialmente por los Visconti de Milan, trabajaba sin cesar en la destruccion de la autoridad papal. Estas tentativas fueron reprimidas por el rey de Nápoles, Roberto I, príncipe guerrero y adicto á la Santa Sede, que frustró los culpables proyectos del emperador Luis de Baviera; pero despues de la muerte de Roberto, el desorden llegó á su colmo en Roma, y las diversas facciones políticas libraron sangrientos combates en las mismas calles de la ciudad. Entónces fué cuando el valiente Nicolo di Lorenzo, llamado por el pueblo Cola de Renzi, acometió la empresa de salvar á la patria. Se hizo proclamar tribuno del pueblo, restableció las formas republicanas de la antigua Roma, pero reconociendo la autoridad del papa Clemente VI, y obligó á la faccion gibelina á abandonar la ciudad, restableciendo en ella de este modo la tranquilidad. Pero muy pronto le cegó el orgullo, y habiendo citado al papa y al emperador á comparecer ante su tribunal, fué entónces arrojado por sus enemigos. Desde Aviñon, adonde fué á reconciliarse con Inocen-

cio VI, volvió á Roma con el cardenal Albornoz, á quien ayudó á restablecer la autoridad papal. Rienzi fué nombrado gobernador de la ciudad, con el título de senador, pero gozó poco tiempo de esta dignidad, y sus tiránicas medidas provocaron un motin, en el cual murió.

Urbano V, aunque de nacion frances, manifestó desde luego su intencion de restablecer en Roma la Sede papal y realizó su proyecto á pesar de la oposicion de la córte de Francia, de la universidad de París y de los cardenales franceses. Fué recibido en Roma por el emperador Carlos IV, que le habia precedido; pero cediendo á las instancias de los cardenales franceses y á pesar de las súplicas de los romanos y de Santa Brígida, que le predijo su próxima muerte, se volvió á Aviñon, en donde murió á los dos meses de su llegada. Su sucesor, Gregorio XI, no pensó en un principio en abandonar á Aviñon y creó diez y nueve cardenales franceses; pero el voto general de los romanos y las instancias de Santa Catalina de Sena que habia ido á Aviñon para persuadirle, le decidieron á marchar á Roma, en donde murió cuando se preparaba á volver otra vez á Aviñon. Entónces los cardenales que estaban en Roma eligieron por unanimidad al arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI, y á quien reconocieron los seis cardenales que habian quedado en Aviñon. El nuevo pontífice, dotado de entereza de carácter, estableció definitivamente su residencia en Roma, y dictó medidas enérgicas para reformar la vida poco clerical de algunos cardenales. Estos entónces se retiraron á Anagni, y despues de la llegada de sus colegas de Aviñon, bajo el pretexto de que la eleccion habia sido hecha sin libertad, depusieron al papa y eligieron en su lugar al cardenal Roberto de Génova. El antipapa, que tomó el nombre de Clemente VII, se estableció en Aviñon y logró hacerse reconocer por los reyes de Francia, Aragon, Castilla y Navarra, y por la Escocia.

Urbano VI y los demas pontífices que le sucedieron, trabajaron inútilmente para conseguir la union entre los príncipes católicos, pero todos sus esfuerzos se estrellaron contra la política de los reyes de Francia que apoyaban al



antipapa Clemente VII, y contra las intrigas del cardenal Pedro de Luna, que sucedió á Clemente VII con el nombre de Benedicto XIII. Bonifacio IX, sucesor de Urbano VI, tampoco consiguió hacerse reconocer por los reyes de Francia y de Aragon. La proposicion emitida por la universidad de Paris y sostenida con toda la autoridad de su talento por su canciller el célebre Gerson, de terminar la division por la convocacion de un concilio general, obtuvo el asentimiento de la mayor parte de los príncipes católicos y de gran número de cardenales; pero el papa Gregorio XII, que sin duda preveía la ineficacia de esta medida, se negó á aprobarla, y entónces los cardenales, por su propia autoridad y usurpando derechos que sólo al papa correspondian, convocaron un concilio en Pisa. Esta asamblea ilegal declaró vacante la Silla Pontificia, y dió la tiara á Alejandro V, que fué reconocido por casi todos los príncipes de Occidente; pero este acto contrario á las leyes de la Iglesia, no hizo más que aumentar el mal, oponiendo al papa legítimo, Gregorio XII, dos antipapas, Benedicto XIII y Alejandro V, y llevar por consiguiente hasta el último extremo la division del mundo católico.

Al antipapa Alejandro V le sucedió el cardenal Baltasar Cossa con el nombre de Juan XXIII. Este antipapa fué arrojado de Roma por el rey de Nápoles Ladislao, y habiendo implorado la proteccion del emperador Segismundo, éste se la concedió á condicion de que convocase un concilio en Constanza, ciudad libre imperial. Este concilio destituyó á Juan XXIII y á Be-

nedicto XIII, y en él abdicó el legítimo papa Gregorio XII que le habia reconocido publicando nuevas letras de convocacion, y subsanando de este modo lo ilegal que en él habia. Entónces fué elegido papa por unanimidad el cardenal Oton Colonna, hombre distinguido por su piedad sincera, que tomó el nombre de Martino V. En este concilio compareció en persona Juan de Hús, profesor de la universidad de Praga, que profesaba las opiniones erróneas del inglés Wicleff, profesor de Oxford; atacaba varios dogmas de la Iglesia, predicaba contra las indulgencias y reclamaba para los legos la comunión bajo las dos especies. Como se negase á abjurar sus errores, fué condenado y entregado á los tribunales seculares que, imponiéndole la pena establecida por las leyes de la época contra el crimen de herejía, le hicieron quemar con su discípulo Jerónimo de Praga. Sus partidarios, exasperados por esta ejecucion, tomaron las armas y principiaron la cruel guerra de los husitas, que durante muchos años desoló la Bohemia y parte de la Alemania.

El concilio de Constanza se disolvió despues de haber restablecido la unidad religiosa del mundo católico; pero no pudo evitar que con los acontecimientos pasados sufriese un rudo golpe la influencia que los Soberanos Pontífices habian ejercido hasta entónces en la sociedad. En tanto que la lucha religiosa conmovia al Occidente cristiano, el Oriente fué trastornado completamente por las conquistas de los mogoles y por la fundacion del imperio turco-otomano, que reemplazó al imperio griego.

### CAPITULO III

**El Oriente hasta la toma de Constantinopla por los turcos (1300-1453).—El imperio griego y los turcos otomanos hasta las conquistas de los mogoles bajo el mando de Timur (1300-1400).**

Siglo y medio trascurrió desde el restablecimiento del imperio griego de Constantinopla, hasta la toma de esta ciudad por los turcos. En tanto que los trastornos interiores debilitaban este imperio, los turcos le quitaban sus provincias una á una, y aunque las conquistas de los mogoles detuvieron por algun tiempo sus progresos, sin embargo, despues de restablecido su imperio, los sultanes turcos obligaron á los emperadores de Constantinopla á pagarlos un tributo anual, y á reconocer su supremacía. Este estado de cosas dió lugar á una última guerra, y con ella á la caida del imperio griego. Los turcos tomaron por asalto á Constantinopla, en donde establecieron su residencia, y derribaron la cruz que Constantino el Grande habia plantado allí. Andrónico II, para contentar al clero de su imperio, que era afecto al cisma, rompió de nuevo con la Iglesia. Partió el poder con su hijo Miguel IX, á quien dió el título de emperador, enviándole contra los turcos otomanos á la cabeza de un ejército, compuesto en su mayor parte de tropas mercenarias, originarias de Cataluña (España), pero no pudo detener sus progresos. Los catalanes se sublevaron, y su jefe, Roger de Flor, exigió al emperador el título de César, conquistó el Ática y la Beocia, y estableció su residencia en Atenas, fundando

un principado independiente. Á la muerte de Miguel IX, su hijo Andrónico III se apoderó de Andrinópolis, en donde estableció su residencia, y obligó á su abuelo á que le cediese la mayor parte de la Tracia y le asociase al imperio; pero no estando aún satisfecho con esto, tomó las armas contra él y le obligó á abdicar y á encerrarse en un convento, en donde murió cuatro años despues. Andrónico III combatió al principio con buen éxito á los turcos del Asia Menor; pero habiéndose puesto enfermo, se vió en la precision de confiar el mando del ejército y el gobierno del imperio á su amigo Juan, de la poderosa familia de los Cantacucenos, emparentados con la familia reinante de los Paleólogos. Andrónico, al morir, nombró á Juan Cantacuceno regente y tutor de sus dos hijos, de los que el primogénito Juan apenas tenía nueve años. Cantacuceno regentó el imperio por algun tiempo, hasta que las intrigas del patriarca y de la emperatriz madre, Ana de Saboya, que aspiraba al poder, le decidieron á tomar el título de emperador, asociando al trono á Juan IV, á quien casó con su hija Elena. Para sostenerse en el poder, Cantacuceno hizo una alianza con el sultan Urkhan, al que dió la mano de su hija Teodora. Esta alianza no le salvó, porque llegado á la mayor edad, Juan IV le declaró la guerra, y si bien al